

conscientes de las diferencias entre ellos y Wordsworth o mi amigo: *ellos* sabían cómo se hace un poema o una novela, y Wordsworth o mi amigo no lo sabían: simplemente lo hacían. Por lo mismo, si un cerdo apareciera por casualidad en un concurso de jamones, sería recibido con un grito: «Fuera, cerdo, ¡qué sabrás tú de jamones!»

No es extraño, pues, que en los lugares donde hay más concentración de críticos y su influencia es menos resistible, la gente escriba cada vez menos. (Cuando digo *escribir* me refiero a *escribir poemas, cuentos, obras de teatro*.) Unos jóvenes pertenecientes a un *college* con cierto prestigio literario me contaban hace poco los problemas que tenían para conseguir poemas y cuentos para la revista universitaria. «Sólo podemos contar con cuatro o cinco», me dijo el editor, desolado; «todos los que valen algo escriben crítica.» Supongo que debería haberle dicho: «Dedica la revista a publicar crítica»; después de todo, ¿no es ésta la finalidad de una revista literaria? Pero no me atreví.

Hoy en día, cuando un joven intelectual ambicioso deja la universidad, se compra una nueva máquina de escribir, alquila una habitación, y se sienta a escribir... reseñas de libros, largos artículos críticos, explicaciones. «En lo tocante a vivir, nuestros sirvientes pueden hacerlo por nosotros», dijo Villiers de l'Isle Adam; y, al cabo, lo mismo puede decirse de escribir, que es tan difícil y arriesgado e inútil como vivir. ¿Por qué arriesgar el pescuezo por tan poco? Bastante difícil es ya de por sí escribir un cuento realista competente, y cuando lo has escrito, ¿qué ocurre?: que alguien lo llama un cuento realista competente. Escribe una «Oda Horaciana», y serás elogiado como «uno de nuestros mejores poetas menores». No, como cualquiera puede observar, no vale la pena ser escritor a menos que puedas ser uno de los grandes; mejor no vender tu alma a la Musa hasta que te haya enseñado los artículos críticos del año 2100. A menos que seas parte de esa docena de escritores escogidos tendrás una vida como la de Trigorin, quien afirmó que su lápida diría que había sido un buen escritor, *pero no tan bueno como Turgueniev*; y si uno va y lee su lápida, esto es exactamente lo que dice. Nuestros Trigorines no ignoran que, en los círculos críticos de importancia, el reconocimiento a su mérito es otra forma de condescendencia; en sus corazones, escrita en pequeñas letras rojas, reza la leyenda, «sólo soy yo». No recuerdo que *nadie* haya dicho de un crítico, «Está bien, pero no es ningún Saint-Beuve»; pero pongamos *Dante* en lugar de Saint-Beuve, y hay muy pocos escritores de los que no se haya dicho algo semejante. Cuando el primer libro de uno de nuestros mejores poetas vivos salió publicado, uno de nuestros mejores críticos afirmó que era «áspero» y que carecía de la dulzura de la *Divina Comedia*. Qué gran verdad. Del mismo

modo, el poeta podría haber respondido que al crítico le faltaban los guantes amarillos de Matthew Arnold.

Los críticos pueden contagiar fácilmente a sus lectores (aunque no tanto por precepto como por su ejemplo) el desprecio o la tolerancia displicente que sienten por las obras «menores». Si te dedicas a estudiar con esfuerzo sobrio, disciplinado y metódico las obras maestras de unos pocos clásicos o escritores de moda, acabas identificándote con esos escritores y adoptando el aire de autoridad que el objeto de tu esfuerzo te ha legado sin querer. Así pues, cuando —de regreso de las cumbres donde ha transcurrido tu vida, caminando a regañadientes por esas colinas parnasianas donde los pastores se dedican a rasgar peines— se te reclama para juzgar sus competiciones pastoriles, lo haces de mala gana. Todo el mundo ha observado esta actitud en filólogos expertos, que tienden a pensar que los escritores vivos, por naturaleza, son evidentemente inferiores a los difuntos; aunque un filólogo de amplias miras observará con rayos X a alguien como Thomas Mann y concluirá, indulgente: «Es tan bueno como un muerto». Esta suerte de actitud ayuda a que la crítica seria sea tan atractiva para los críticos: viven entre los grandes, y se contagian de su grandeza. No es extraño, pues, que algún mal poeta se convierta en un mal crítico, y crea que ha ganado con el cambio; no es extraño que los intelectuales jóvenes se conviertan en críticos antes, y no después, de que hayan fracasado como artistas. Y a veces —¿quién sabe?— puede que no hayan fracasado; por otro lado, fracasar como artista puede ser algo respetable y valioso.

Algunos de nosotros escribimos menos; casi todos nosotros leemos menos: el niño ante el televisor, el crítico o el novelista en el plató del estudio, respondiendo sin brillantez a preguntas sobre asuntos de interés general. Los niños disfrutan de menos horas de ocio, y a cualquier niño de ocho años se le disuade de llenar su tiempo leyendo los libros de su hermano de diez; y nadie en su colegio se sorprende de que no lea mucho o muy bien: sólo los «lectores de nacimiento» lo hacen.

Pero si cada vez leemos menos —y este «leemos» se refiere esta vez a la minoría cultivada— una proporción cada vez mayor de lo que leemos es crítica. Muchos han leído *Moby Dick* en su tercer año de bachillerato y *Los hermanos Karamazov* en su primer año de universidad; ¡pero pensemos en todos los artículos sobre estos libros que han leído! No sirve de nada decirle a ese lector, «Lea *Moby Dick*», pues responderá, «Ya lo he leído», y empezará a largar sobre el último libro dedicado a Melville. E imagino cómo nos mirará si le decimos, por ejemplo, que lea *Kim*. En este caso, no importa si lo ha leído: sabe que no lo necesita. Después de todo, la crítica nos protege de los libros malos o poco importantes que de otro modo ten-

dríamos que leer; y ese tiempo que hemos ahorrado no leyendo malos libros lo dedicamos a leer nuevas dosis de crítica protectora. Imagino, en mis horas muertas, una generación que habrá leído unas cuantas obras maestras, unos cuantos comentarios críticos de las mismas, y poco más excepto «basura», aunque la palabra se pronunciará casi como una disculpa. Es una noción alejandrina, pero en gran medida *somos* alejandrinos; y no mejoramos con los años. Hace poco alguien me relató dos ejemplos increíbles pero encantadores de la especialización, esa división en categorías de nuestras poco afortunadas vidas. A un estudiante de Harvard, en la lectura de su tesis doctoral, se le pidió que hiciera un breve comentario crítico de algún libro contemporáneo que le hubiera gustado. Ésta fue la primera pregunta que le dio algún problema; había sido particularmente brillante en Inglés Medieval. Tras un instante de duda, dijo, «No creo haber leído ningún libro contemporáneo, al menos no desde que estoy en la Universidad». A otro estudiante de Princeton, en su examen final, se le pidió que resumiera el *Ulises* de Tennyson. Hasta aquí, ningún problema. «¿Qué relación hay entre el tratamiento de Ulises en este poema y en la *Divina Comedia*?», preguntó alguien. El estudiante contestó que no lo sabía, que no había leído la *Divina Comedia*. «¿Qué relación hay entre el *Ulises* de Tennyson y el de la *Odisea*?», preguntó otro. El estudiante respondió que no lo sabía, que no había leído la *Odisea*. Ambos estudiantes fueron reprendidos, pero aprobaron, y sus profesores volvieron a casa para darme su versión de la anécdota.

Estos estudiantes eran, desde luego, especialistas en literatura inglesa. Y sin embargo, lector, ¿no hay muchos intelectuales igualmente especializados en libros importantes, esto es: en libros de moda? En rigor, muchos de los intelectuales que uno escucha discutiendo libros no parecen haber leído mucho ni con mucho entusiasmo. Hablando con un excelente crítico e historiador de las ideas —otro profesor *à la* Matthew Arnold—, le pregunté si sus estudiantes leían mucho. «¡Mis estudiantes!», respondió, «¡los que no consigo que lean nada son mis colegas!» Obviamente, exageraba; me pareció que exageraba demasiado; pero al mismo tiempo me inquietaba recordar el nivel de la conversación en los encuentros literarios donde habíamos coincidido. En estos encuentros, la gente hablaba de unos pocos libros, pero los libros de que hablaban eran siempre los mismos, como en la Edad Media. Y —también como en la Edad Media— parecían más interesados en sus comentaristas que en los libros propiamente dichos; aunque esto no ocurría o no ocurría siempre cuando los libros eran Grandes Libros. Si, por el contrario, comentabas el trabajo de algún novelista menor —por *menor*, aquí, entiendo cualquiera salvo esos seis u ocho que están siempre de